

Recordar, compartir, aprender

## Barcelona

Elvira Palau Linares, 70 años

Carlota de Otto

### VENTANAS CON VISTAS

*«Tú, que estás en el camino, debes tener un código conforme al que vivir.  
Así que sé tu mismo, porque el pasado es sólo un adiós.  
Y tú, de tierna edad, no conoces los miedos con los que tus mayores crecieron.  
Así que ayúdales con tu juventud. Ellos buscan la verdad antes de morir.» CSNY.*

Elvira Palau está tejiendo encajes de bolillo en su balcón, a sus setenta años, como si el tiempo no pasara y el fin de las viejas costumbres hubiera sido sólo una broma pesada.

Esta calle del Poble-Sec en la que se despliega su terraza es un paseíto peatonal donde las faldas por las rodillas y los secretitos en la oreja pasean con pachorra para hacer recados.

En su balcón gira resuelto un espantapájaros, presidiendo una solana abarrotada de flores entre las que se distingue el ir y venir de las manos de Elvira.

Yo estoy sentada a su lado y la miro tejer. En el cojín de sus bolillos, tiene prendidos fetiches y amuletos coloreados de violeta, con el que tiñe su pelo y su ropa desde que el tiempo se le echa encima, porque “una que entendía” le dijo que su aura era de ese color.

Una pulserita con imágenes de santos le brilla en la mano derecha, “ni sé cuáles son”, dice y retintinean entre sí a cada remiendo. También le cuelga de la muñeca una pulsera que la protege de las malas vibraciones, “aunque tal y como está el mundo –murmura- no será suficiente con las pulseras y vamos a tener que encender velas. En la mano izquierda me muestra con mimo una cadenita de plata de donde pende victoriosa la palabra chance: “El lila es espiritual, aplaca, ¿entens? -me señala-. El rojo no me lo verás, no. No me lo puedo poner, que da energía y yo ya tengo mucha. A mí me gustan estas cosas, soy un poco rareta. Aunque esto de las auras, no sé yo... no sé... jo no me l’he vista mai”.

Elvira vive desde niña en este piso, refugio de los Palau desde hace cien años. Un reinado femenino de la calle Blai en el que aprendió a tejer labores y personalidad. Es un extravagante popurrí de objetos tradicionales y liturgia mágica, como si simbolizara su particular miscelánea entre el ayer y el hoy.

“Mira nena, dos porterías más allá estaba la lampistería del tiet Bruno, que estañaba paellas. ¿Saps? Por la Castanyada tostaba castañas con una paella agujereada. Fixa’t que ahora puedes comprarlos en los chinos, los calvoterros, que los he visto yo. El tiet Bruno, que no era tiet eh, que era tío-abuelo, tenía una hija que se llamaba Mercè y que ahora tendría, déjame contar...”. Deja por un momento los bolillos encima del cojín y yo me incomodo por si se le desmadran. Mueve los dedos un poquito, frunce el ceño y dice: “Ciento uno”.

Vuelve a coger las varitas y a enmarañarlas para seguir tejiendo puntillas. “Yo iba a las monjas. Y como la abuela no me dejaba estar en la calle porque eso feia de gitano, las tardes las pasábamos en la lampistería. La Mercè nos daba pan con chocolate y hacíamos encajes de bolillo hasta la hora de cenar”.

Siempre que habla me mira a los ojos abriendo los suyos como si fueran ventanas, y son unos ojos vivaces que aprendieron aquí mismo, en esta galería, a susurrar mensajes.

Su abuela hablaba con el lenguaje de la mirada, el más antiguo, y Elvira, mirando con sus ojos de ventana, parece que esté exhibiendo el diploma de su máspreciado aprendizaje.

Da la sensación de que rememorando, quiera convocar a Elvireta para que jugueteo entre sus manos con los bolillos, como si recién hubiera vuelto de las monjas y aún tuviera los dedos manchados de chocolate. Que



si era muda, me decían; preguntaban: Que no habla l'Elvireta? Porque me dedicaba sólo a observar. Y ahora que estoy en la recta final pensé, tú... ya veréis si es muda”.

Me acerco a la cómoda del salón y le pido mirar las fotografías que allí descansan para acompañar con imágenes el discurrir de su memoria, ese testimonio que guardamos detrás de los ojos y que sale para dar un paseo cuando las ausencias se ponen pesadas. “Mira tranquila -me dice-, que tenemos tiempo de todo, hasta de morirnos”.

Ella se queda tejiendo camuflada entre sus flores, y yo miro los retratos con los ojos bien abiertos, como ella, porque decía su abuela que así se aprendía a nadar y guardar la ropa a la vez.

En la cómoda, está Elvireta con la mirada en blanco y negro en una fotografía opaca, con las pupilas descoloridas, grisáceas, como si el puntito de luz que las encendía se hubiera desvanecido.

Cerquita de ella, sentada al sol, está la heredera de esa niña, Elvira, que decidió un día que no le sobraba tanto el tiempo como para irse tragando las palabras. Y entonces la chispa de su personalidad a contracorriente, como ella resalta, la coloreó de púrpura y le encendió una lumbre en las pupilas.

Ahora es un torrente de color y brío, como un pececito al que han sacado del agua y que se revuelve para que todos sepan que sigue vivo. A sus 70 años, Elvira centellea. Con destellos de nostalgia y de brujería, de sabiduría femenina, que salen por las ventanas de su piso y las de sus ojos. “Otras cosas hacen sufrir más que ser uno mismo...”, profetiza.

Deshace un punto del encaje que se le ha enredado y, dicharachera, sigue trenzando bolillos hasta la hora de cenar, como si el fin de las viejas costumbres hubiera sido sólo una broma pesada.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Cuando Elvira comparte sus memorias te invita a observar la vista que ve desde sus ventanas. Afirma que su bandera en la vida ha sido ser fiel a sí misma, ”dimes y diretes hay por todas partes -me recuerda-, y para los demás nunca estará bien hecho lo que hagas”.

Para ella, lo que vale la pena de la vida es, simplemente, vivirla “como las golondrinas -susurra-, que chillan porque están contentas de estar vivas”.

Su tristeza es no poder hacer que el mundo se vuelva más humano, “qué le vamos a hacer, así está montado el chiringuito”.

A esta mujer espartana, sensible y niña, le costó ser positiva. Contar esta historia es un homenaje que ella hace a los buenos recuerdos, a su vejez -ese volver a empezar-, y a la bandera que Elvira ondea incansable: sacar lo que lleva dentro. Y, como si no hubiera nada más rotundo que eso, se asoma a sus ventanas, esos ojos transparentes, y proclama: “¿Lo que vale la pena de la vida? Ser uno mismo. Lo que viviré a partir de ahora es una incógnita -dice levantando las cejas-, Surprise, surprise. Pero aún me queda, a mí, enuncia guiñándome el ojo”.

Me sorprende, porque no sé qué le va a traer la vida después de cantar rock en una coral, vencer un cáncer y teñirse el pelo de violeta. “Cantaré gospel”. Su canción preferida es Begin the begin, ideal para ella, que es medio bruja, de las que en realidad son mujeres sabias, porque le augurará siempre un nuevo comienzo.